

Arenas en Cuba y fuera de Cuba

Emmanuel Carballo

Este texto abarca de 1968 a 1992. En él expongo mi relación editor-escritor con Reinaldo Arenas. Doy cabida a las simpatías y diferencias que se produjeron entre nosotros. De una amistad algo más que convencional pasamos, primero, a un silencio tenso y, posteriormente, a una incomprensión activa fomentada por él a partir de su salida de Cuba.

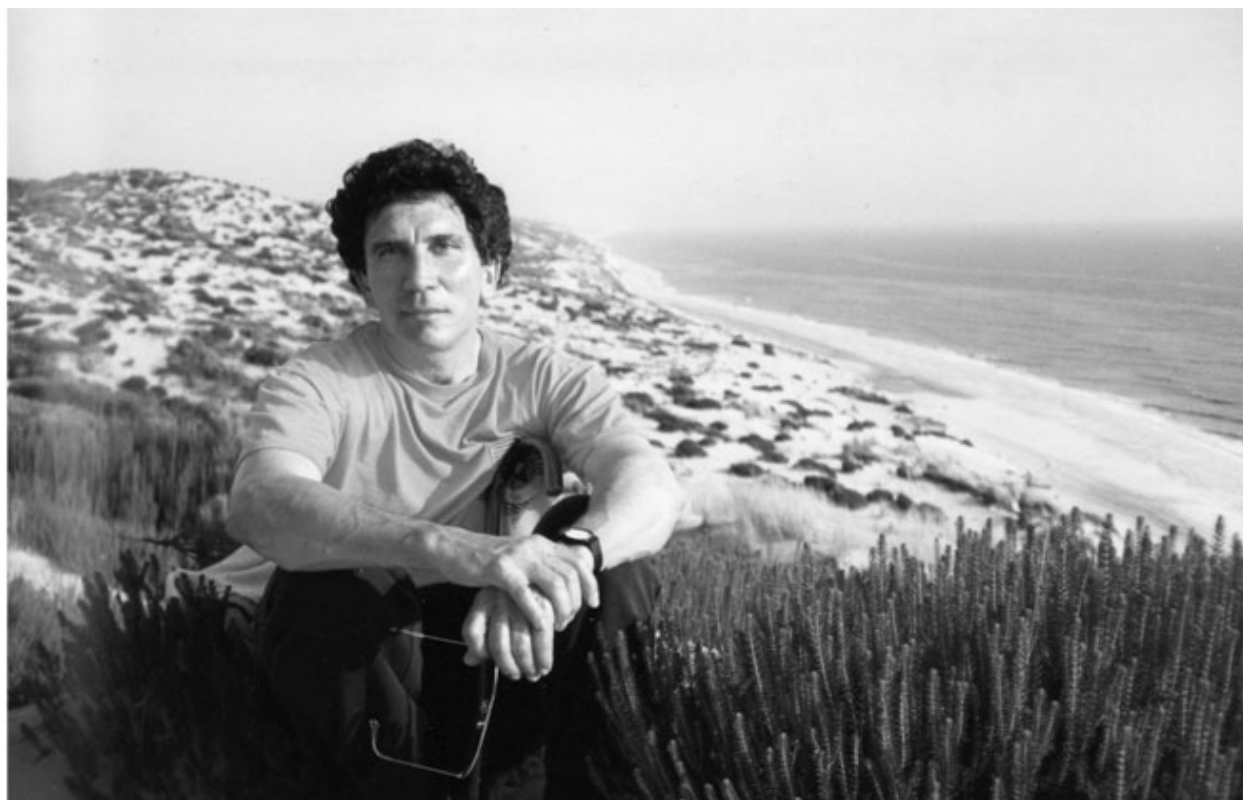
Conocí a Reinaldo Arenas (en la edición de Diógenes de *El mundo alucinante*; la i latina, por error mío, se convirtió en y griega) a principios de 1968. Las primeras noticias acerca de él me las dieron amigos comunes. En Holguín, provincia de Oriente, Reinaldo nació el 16 de julio de 1943, de padre desconocido y madre campesina. Intuitivo e inteligente, leyó en un periódico que en La Habana solicitaban inseminadores artificiales de ganado. Escribió y le proporcionaron trabajo. Ya en la capital de la isla otro anuncio le abrió las puertas de su vocación, la literatura. El aviso demandaba lectores para la sección infantil de la Biblioteca Nacional. Reinaldo confundió, como era de esperarse, lectura con escritura. Escribió un cuento para niños pensando en lo que a él le hubiese gustado oír en los primeros años de su vida. Lezama Lima y sus amigos (Cintio Vitier y Fina García Marruz), funcionarios los tres de la biblioteca, al leer el texto de Arenas se dieron cuenta de que en él se alojaba un poderoso escritor en estado natural. Lo llamaron a su lado y su trabajo consistió en leer libremente de principio a fin en cada jornada.

El primer escritor que lo sacudió con fuerza fue Juan Rulfo: lo conmovieron *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Encontró en esas obras coincidencias con su infancia y adolescencia vividas en dispersos asentamien-

tos de su región nativa, Oriente: una visión del mundo en la cual la fantasía superaba a la realidad y las leyendas sobrenaturales, contadas por los campesinos, eran más reales que los hechos expuestos por las personas de razón. Como escritores Rulfo y Arenas son primos más o menos cercanos. En el primer libro de Reinaldo, *Celestino antes del alba* (1967), se pueden encontrar, de vez en cuando, ajenos a cualquier imitación, procedimientos y recursos estilísticos y estructurales del pro-sista mexicano.

En sus búsquedas librescas Arenas hizo otro descubrimiento de primera magnitud, las memorias de otro mexicano, fray Servando Teresa de Mier. Esas confesiones traviesas y pícaras, astutamente políticas y enrevesadamente religiosas, atiborradas de prisiones injustas y escapatorias casi increíbles le permitieron establecer un parangón entre el dominico libérrimo y él mismo; proyecta en el fraile, inconscientemente, sus deseos de huir de Cuba antes de que la revolución arremeta brutalmente contra los homosexuales. Fue una de las primeras llamadas de peligro hechas a esta comunidad.

Arenas no valoró políticamente los hechos narrados, pero Seguridad del Estado sí advirtió que la novela surgida de esa provechosa lectura, *El mundo alucinante* (1969), era peligrosa y contrarrevolucionaria, pese a que ocurría a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Debo decir, para no pecar de exagerado, que Arenas, considerado por sí mismo una “loca” en su autobiografía *Antes que anochezca* (1992), no trata en esta obra de hacer proselitismo. Se solaza en las correrías amorosas del fraile, en su rica vida diaria, en sus constantes luchas contra la



Reinaldo Arenas

autoridad, en sus encierros injustos, privaciones de la libertad que él mismo sufrirá años más tarde.

Aquí aparece Camila Henríquez Ureña, la hermana menor del sapientísimo don Pedro. Maestra sobresaliente de la Universidad de La Habana, detectora como su pariente de incipientes escritores con talento, Camila se comunicó telefónicamente conmigo (me hospedaba en el Hotel Habana Rivera) a principios de enero de 1968. Me pidió que leyera el manuscrito de la nueva novela de Reinaldo Arenas (que me hizo llegar de inmediato), un joven conflictivo y un lúcido prosista que en sus momentos de sosiego sexual escribía prometedoros prosa narrativa. El manuscrito había obtenido mención con derecho a publicarse (UNEAC, 1966) y estaba en boca de todos la tardanza de su aparición. Algo raro ocurría en la cúspide. Leí de inmediato el manuscrito, lo releí, y me di cuenta de que Camila tenía razón: se trataba de la novela más hermosa escrita en Cuba por un joven después de 1959. Más bella, mucho más, que *Celestino antes del alba*, la primera y aun titubeante novela de Reinaldo.

Esta fue mi primera impresión sobre *El mundo*: se trata de una novela de aventuras en la cual la poesía vence a la lógica y el coraje de un hombre por alcanzar la libertad (fray Servando) se impone a toda clase de infortunios. Alegre, desenfadada, picaresca, imaginativa, demoledora, recrea no solo la vida de un ser excepcional sino también el mundo contradictorio y sorprendente (por lo atrevido) en que le tocó vivir.

Camila en vista de mi entusiasmo me invitó a comer con Arenas en el restaurante 1830. Allí empezó mi

trato con el autor de ese manuscrito espléndido. Como persona de carne y hueso me pareció un tipo dispuesto a ser él mismo pese a los obstáculos que se le presentaran de allí en adelante. Año y medio después, publicada por mi Editorial Diógenes, la novela saldría dedicada a Camila y a uno de sus dos amigos queridos, Virgilio Piñera. El otro, el más entrañable, su verdadero maestro, se llamaba José Lezama Lima.

Lo conducente en ese momento era pedir el visto bueno al Instituto del Libro para publicar el manuscrito. Lo hice y sólo obtuve respuestas evasivas, como me ocurrió también con *Celestino*. Libro que, por cansancio, no publiqué.

En carta del 25 de marzo de 1968 Reinaldo me cuenta el estado en que se encontraban mis peticiones hechas al Instituto.

Hace días solicité a Rolando Rodríguez (director del Instituto, como debes recordar) el permiso para enviarte *El mundo alucinante* (lo solicité a través de Desnoes y Forner), pero Rolando dijo que no recordaba nada y que tú no le habías pedido ninguno de mis libros, ni *Celestino* ni *El mundo*. Como recordarás, cuando nos vimos en el Instituto, delante de Rolando, me dijiste que ya te habían dado la carta autorizando la publicación de *Celestino* (recuerdas que yo te la iba a dar personal, como autor simplemente, y que tú me respondiste que ya Rolando oficialmente te la había dado). También recordarás que cuando, delante de mí, le pediste a Rolando la autorización para publicar *El mundo alucinante* él te dijo que eso había que consultarlo primero con el Departamento de Literatura

(Desnoes y Fornet); pues bien ahora dice que él no dijo nada de eso y que no sabe nada y que tampoco te ha dado carta alguna autorizando la publicación de *Celestino*.

Como verás mi situación es bastante molesta, más si tienes en cuenta que Rolando es mi jefe y nada puedo hacer. Por eso te ruego, querido Carballo, me envíes una carta confirmando lo que tú y yo sabemos: que vas a editar *Celestino antes del alba* y que solicitas el permiso para la publicación de *El mundo alucinante*. Esta carta es muy necesaria para mostrársela a Edmundo Desnoes y Ambrosio Fornet para que ellos autoricen el envío del manuscrito de la novela para tu editorial.

En estas confusas y lentas negociaciones privó por encima de todo la mala fe y el burocratismo. Mala fe porque escondían detrás del lenguaje barroco la negativa a la publicación del libro. Burocratismo porque el jefe remitía el problema a sus subordinados y estos astutamente lo regresaban más enredado de como lo habían recibido. En vista de que por ese camino no llegaríamos a ninguna parte, Reinaldo y yo optamos por otras vías. El 28 de mayo de 1968 me envió esta carta en la que confiado y optimista me dice:

tengo el gusto de enviarte una copia de *El mundo alucinante*. Perdona la demora, pero no he tenido oportunidad de remitírtela sino por vía diplomática. También he escrito a mi editor francés (Éditions du Seuil) pidiéndole que te mande una fotocopia de la novela por si acaso se extraviara el manuscrito que te expido por conducto de la Sociedad de Amistad Cubano Mexicana. Espero que no haya ningún contratiempo. No obstante te agradecería mucho que en cuanto la recibas me lo comuniques de inmediato.

Por supuesto que hubo contratiempos. El primero: que el manuscrito nunca llegó a mis manos. (¿A otras sí?, me pregunto). Y yo era en ese momento presidente del Instituto Mexicano Cubano de Relaciones Culturales (la Sociedad de Amistad Cubano Mexicana). El segundo es chusco. La señorita Jacqueline Lesschaeve, de Éditions du Seuil en vez de enviarme fotocopia de la novela ofreció los derechos de edición en español, Cuba incluida, me imagino. La propuesta no prosperó.

Arenas, como fray Servando, no se dio por vencido. Por segunda vez mandó el manuscrito, en esta ocasión a través de una actriz cubana que, según le dijo a Reinaldo, conocía a cientos de escritores mexicanos que, a su vez, deberían de conocerme a mí. No recibí el manuscrito; tampoco los que quedaron de enviar las casas editoriales francesas. Estos hechos me los cuenta en la carta que ahora incluyo, del 7 de agosto de 1968:

Espero que, finalmente, hayas recibido el manuscrito de mi novela. Fue muy difícil enviarlo. Pude hacerlo a través

de una compañera de teatro. Ella, según creo, tiene relaciones con escritores mexicanos, quienes te habrán entregado el manuscrito. No obstante, la editora francesa y la italiana quedaron (a petición mía) de enviarte fotocopias de la novela. A propósito: esas copias se hicieron con mucha rapidez, de modo que cualquier error mecanográfico, etc., puedes corregirlo, pues yo no tuve tiempo para hacerlo con el trajín de enviar lo más rápidamente la copia.

Según parece las publicaciones extranjeras marchan bien. La edición cubana es la que, por ahora, veo un poco lejana. Aunque la novela ha sido aprobada por los jurados del concurso nacional 1966 (Carpentier, Piñera, etc.), luego por la comisión de lectores de la UNEAC y, después, por la comisión de literatura del Instituto del Libro. A pesar de todas esas andanzas burocráticas la novela se encuentra, en estos momentos, en poder del director del Instituto del Libro (persona que tú conoces). Y él no se decide a enviarla para la imprenta. Como verás, estimado Carballo, la edición cubana no es segura, a pesar de contar con todas las aprobaciones ya citadas. Esto es, después de todo, una burla para la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, ya que su autoridad y prestigio no cuentan para nada. El director es, en fin, quien decide. Ya puedes imaginarte.

Por eso ahora, más que nunca, me interesa la edición mexicana, ya que sería la primera edición en la lengua original de la novela.

Confío plenamente en ti, y aunque me hubiese gustado ver la edición cubana, me alegra enormemente que se publique en México, la tierra de Fray Servando.

La nueva carta de Arenas se explica por sí sola, salvo en un punto: “el próximo viaje a México” de Lezama. Se habló de ello, se dieron los primeros pasos, se pensó en un cursillo. Lezama por motivos de salud canceló el viaje. Es pertinente señalar, también acerca de viajes, esta “cándida” suposición de Arenas: “Yo, por ahora, querido Carballo, creo que no podré salir; quizá más adelante”. Él estaba consciente de que el Estado no se lo permitiría: salida no significa, en todos los casos, regreso: menos en el suyo, que deseaba por todos los medios convertirse en cubano del exilio.

He aquí la carta del 17 de octubre de 1968:

Lezama me mostró el *Paradiso* editado por ustedes. Es genial. La primera edición a nivel de la obra. Hasta ahora ningún libro cubano se había editado en una forma tan bella y tan cuidada. Lezama, desde luego, está muy contento por su próximo viaje a México. Espero que vaya pronto con noticias de todo por aquí. Yo, por ahora, querido Carballo, creo que no podré salir, quizá más adelante. De todos modos, si ustedes lo desean (yo, por mi parte, encantado) pueden hacer la invitación (cuando salga *El mundo alucinante*) dirigida al Consejo Nacional de Cultura.

Muchas gracias por los libros que me enviaste (la edición también es excelente). Conocía ya *Los juegos verdaderos* (de Edmundo de los Ríos) en edición de la Casa de las Américas. El libro me gustó mucho (tiene momentos extraordinarios). Me fascinó *Pasto verde* (de Parménides García Saldaña). Sobre las dos novelas quiero escribir. Tal vez pueda publicar en la Revista *Casa*.

La manera más operante y sencilla de que *El mundo* llegara a México consistía en que yo trajese el manuscrito en uno de mis frecuentes viajes a la isla. Así lo hice. Como la obra, aún inédita, no estaba “oficialmente” prohibida me pareció que propiciar su edición en México era una cuestión de salud pública.

A partir de ese acontecimiento, porque publicar *El mundo alucinante* fue un acontecimiento literario y político, mis amigos cubanos del aparato comenzaron a mirarme con urbanidad pero sin afecto. La carta está fechada el 17 de mayo de 1969:

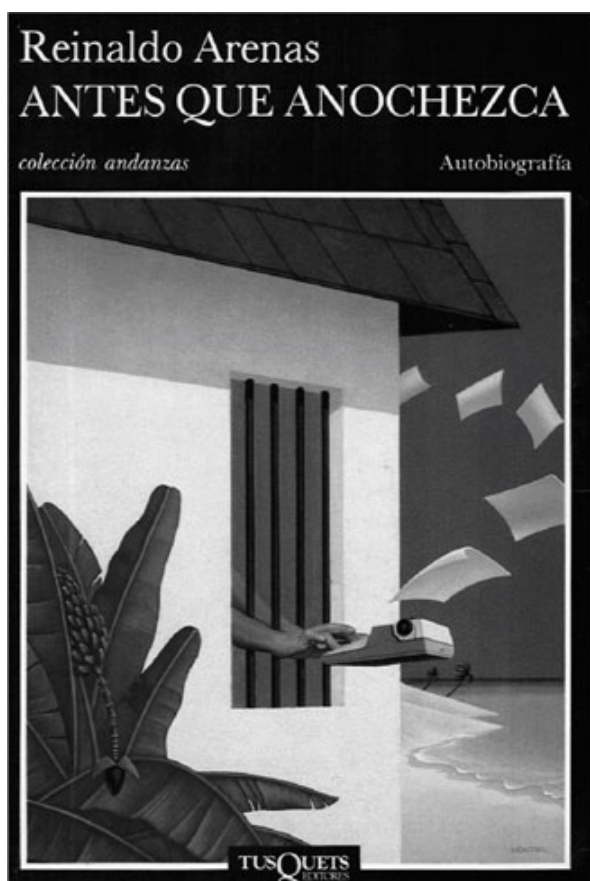
Hace varios días Lezama me leyó la última carta que le enviaste. Todo lo que ella contiene me alegra mucho. Y la noticia de la publicación de mi libro (el próximo 16 de junio). Espero que todo marche en la forma acostumbrada y ninguna presión por parte de algún ex novelista transformado en funcionario (¿Lisandro Otero?) cambie nuestros planes. La edición francesa de *El mundo* ya está terminada, el libro salió en estos días a la calle, se-

gún la última carta recibida. En cuanto al asunto de los derechos no te preocupes, ya le escribí a Claude Durand aclarándole que la edición española de *El mundo alucinante* no estaba dentro del contrato estipulado con él y le rogué que no te moleste más. En la carta que él me envía está de acuerdo con mi solicitud y promete no volverte a escribir ni exigir nada. Así que ya todo está arreglado.

Cuéntame cómo andan las cosas por allá. Te envío *La Gaceta de Cuba* (ojalá la recibas) en la que aparece la nota mía sobre la novela de Edmundo de los Ríos (*Los juegos verdaderos*). Tuve que hacerla apresurado antes del cierre de *La Gaceta*; me hubiera gustado ser más extenso y profundo.

Lezama espera ir a México; él también está escribiendo. A Reynaldo González le satisface mucho que su ensayo se publique allá; este, al igual que mi *Mundo*, ahora dormitan aquí bajo el recelo implacable del inquisidor de turno. Pero ya llegará el momento, querido, ya se abrirán las gavetas y la poesía, la furia, o simplemente el canto, fluirán por las calles. Por ahora confiamos en la honestidad de gente como ustedes y otros que tan sinceramente se preocupan por divulgar la literatura cubana.

PD: acuérdate de la cinta de máquina, pues mi *opus* tres amenaza con enmarañar muchas páginas. Segundo oh: por favor, si puedes envíame también una cuchilla de afeitar, pues mi barba se enreda ya entre mis pies y no tengo el privilegio de ser un Whitman.



Arenas no se daba cuenta, o fingía que no se daba cuenta, de que su situación ante las autoridades y la sociedad de escritores en particular no era mala sino pésima. Su conducta cívica “desastrosa” aumentaba la enemistad de los poderosos contra su actitud personal. No todos, una de las figuras sobresalientes de los años sesenta, Julio Cortázar, lo vio como un escritor hecho y derecho aun cuando en la vida diaria pareciera el prototipo del hombre en estado natural que soñara Rousseau.

Esta carta del 21 de mayo de 1969 lo pinta como un hombre rico en problemas sociales y literarios:

Mi novela ya salió en París. Me enteré por una crítica (de Claude Couffon) que salió en *Le Monde* y que un amigo mío me envió. No he podido adquirir el libro. Los editores dicen que me lo enviaron hace dos meses pero a mis manos no ha llegado. Te pido un favor: mándalo encargar a París (dos o tres ejemplares) y, te lo ruego, envíame los a Casa de las Américas.

Por acá todo está bien. Yo pasé un mes en la agricultura por la Jornada de Girón; ahora, más entusiasmado, me dispongo a terminar mi *opus* 4.

En sus cartas Reinaldo se daba tiempo para hablar de sus amigos escritores: en este caso de Guillermo Rosales, a quien retrata ampliamente en *Antes que anochezca*, página 171. Esta carta, como todas las anteriores y posteriores, fechada en La Habana, data del 31 de mayo de 1969.

Estas letras están hechas bajo la emoción: acabo de leer una novela de un joven cubano que me parece excelente. Y que haría un Diógenes perfecto. Se llama *Sábado de Gloria, Domingo de Resurrección* y trata sobre la vida de los adolescentes que viven en La Habana durante los años 50 y pico. Es realmente deliciosa y de una gran calidad narrativa. Ganó mención en el Premio Casa del pasado año. Y, como sucede siempre, debió haber sido el premio. El autor se llama Guillermo Rosales y tiene ahora unos veinte años. Pero no te digo más y trato, por todos los medios, de enviarte la novela. Ya la leerás y te convencerás por ti mismo.

En la siguiente carta Reinaldo reitera su entusiasmo por Rosales. Leí el manuscrito de la novela: obra muy imaginativa, muy poética, muy en el tono y el universo de Arenas. Deshilvanada, aérea, con numerosos aciertos y numerosas caídas. (No encuentro el original entre mis papeles). En el momento de escribir estas líneas no recuerdo cuál fue el asunto que me llevó a visitar a Rolando Rodríguez, de quien el autor de *El mundo alucinante* habla con mucho desenfado en su autobiografía. Allí sin datos a la mano, y de memoria flaca, Arenas lo



Reynaldo González, Reinaldo Arenas y José Lezama Lima

llama Óscar. Me envió esta misiva, de encubierta crítica política, el 3 de marzo de 1971:

Te esperé durante más de dos horas aquella tarde, y todo fue inútil. Imagino, pues, que el terrible Rolando Rodríguez te retendría más de la cuenta. (¿Hubo café?). Bien. En vista de que no llegabas te dejé el manuscrito de la novela de Rosales con Reynaldo [con y]. ¿La has leído?, ¿qué te parece?... Yo estoy casi terminando una nueva novela que espero llegue a tus manos. También, en compañía de un joven poeta (pero no desearía que esto se divulgara), tramamos una de tus seductoras antologías (La muerte en la poesía cubana o el juego en la literatura cubana, etc.). Si esto llega a su fin (me refiero a las antologías, naturalmente) te la enviaremos. Oye, no te olvides, por favor, de enviarme otros quince ejemplares de *El mundo*. Te ruego, si has conseguido la edición argentina de *El mundo* que publicó la Editorial Tiempo Contemporáneo el año de 1970, me la envíes. Si te es posible mándame, en el mismo paquete, *En busca del tiempo perdido* en la edición de bolsillo de Alianza Editorial. La traducción es de Pedro Salinas y Consuelo Berges. Si no puedes mandarme todos los tomos envíame *A la sombra de las muchachas en flor* y *Sodoma y Gomorra*.

Este breve epistolario sufre una rotunda disminución a partir de 1971. La última carta que conservo de Reinaldo está fechada en Nueva York el 9 de enero de 1980. El silencio mantenido por ambas partes es fácil de adivinar: profundas divergencias políticas. Estos desajustes nunca llegaron a las descalificaciones ni a los insultos. Produjeron, únicamente, el silencio.

Antes de reproducir esta carta doy a conocer mi respuesta a una consulta referida a él que me envió una académica norteamericana. El matasellos asienta la fecha de salida: el 9 de enero de 1978. Hela aquí:

Señorita Margarita Anderson Imbert, Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Harvard, no hemos publicado, ni sabemos quién sea el editor en lengua española de la reciente novela de Reinaldo Arenas.

Como dato curioso, y quizás inútil, le cuento que Reinaldo me refirió en La Habana, hace unos cuantos años, la síntesis de la novela que preparaba en ese momento. El título provisional era *La vieja Rosa* y describía la existencia de una señora (que personificaba a la Revolución) y de sus hijos. La obra concluía cuando Rosa, metralleta en mano, mata a sus muchachitos.

Atentamente Emmanuel Carballo, director de Editorial Diógenes.

Desde el arribo a Estados Unidos, Arenas adopta una personalidad dividida: por un lado acepta el nuevo papel que le tocó representar en una nación capitalista enemiga de la suya; por el otro, extraña con creciente vehemencia, conforme pasan los días, el país que dejó atrás, Cuba.

Sus patrocinadores lo exhibieron como un caso típico, el del escritor enemigo número uno del castrismo: del mismo modo como cierto empresario de mala muerte mostró la momia de fray Servando ante los vecinos azorados de algunos pueblos pequeños de México.

Entre el fraile de Nuevo León y el novelista de Holguín se dan algunas coincidencias. Quizá por ellas Arenas lo escogió como personaje para su novela más difundida. La diferencia básica se da al final de una y otra vidas: Servando muere en su cama, en el Palacio Nacional, rodeado por las personas más destacadas de su partido: allí pronuncia, ante ellas, un discurso “para explicar y justificar su vida y sus opiniones”; Reinaldo no muere de muerte natural, se suicida y culpa del deceso a su enemigo más notorio, Fidel Castro. Su autobiografía *Antes que anochezca* recuerda en momentos al *Testamento* de uno de sus posibles maestros, François Villon, con quien comparte la “vida irregular”, el “panfleto inmundo”, las “malas compañías” y los “actos más bochornosos”. Su nombre se pronuncia primero en Cuba y luego en Estados Unidos como sinónimo de reprobación y escándalo.

Sus diez años finales contradicen la forma como vivió algunos de los asuntos más importantes, decisivos como el amor, la amistad, el trato con la literatura. La carta final que me manda ofrece una imagen ácida del último Reinaldo.

Muy estimado Emmanuel Carballo: no he tenido noticias sobre el pago de las ediciones hechas por Diógenes de *El mundo alucinante*. Ya estoy instalado en Nueva York, por lo que te ruego me envíes el importe a la mayor brevedad. Mi dirección: 331 West 43 Street apt. 5C, New York, N. Y. 1036.

Con saludos amistosos y con el mejor de los deseos por un año nuevo feliz tu Reinaldo Arenas.

Mi respuesta, de 1980, fue esta:

Recordado Reinaldo Arenas: hace un momento llegó tu primera carta de los Estados Unidos y de inmediato la contesto.

Nuestra relación editor-escritor en ningún momento se basó (y tú estuviste de acuerdo, relee la carta que me enviaste el 23 de enero de 1980) en las normas de la ética librera tradicional.

Yo publico libros desde 1967 no como negocio sino como acto de servicio cultural y político. Desde el punto de vista financiero soy un editor pirata ya que publico a los grandes escritores (Benedetti, Nicolás, tú) para editar con sus ganancias a autores desconocidos como Edmundo de los Ríos, Parménides García Saldaña y Lizandro Chávez Alfaro.

No pago derechos de autor y autorizo a cualquier editor que lo desee apropiarse, sin formalismos, de mis libros: son de todos.

Tan no pienso en el negocio que invertí mi herencia materna (no despreciable) en una aventura sin futuro halagüeño. Con que, querido Reinaldo, olvida tus ahora justas pretensiones de derechos de autor y deséame suerte, como yo te la deseo a ti.

La respuesta de Reinaldo a esta carta tardó en producirse doce años y la incluye en su autobiografía, *Antes que anochezca*, en las páginas 308 y 309.

Desde que comencé a hacer declaraciones contra la tiranía que había padecido durante veinte años, hasta mis propios editores, que habían hecho bastante dinero vendiendo mis libros, se declararon, solapadamente, mis enemigos. Emmanuel Carballo, que había hecho más de cinco ediciones de *El mundo alucinante* y nunca me había pagado ni un solo centavo, ahora me escribía una carta indignado, donde me decía que en ningún momento yo debí haber abandonado Cuba y, por otra parte, se negaba a pagarme: todo eran promesas, pero el dinero nunca

llegó, pues aquella era una manera muy rentable de practicar su militancia comunista. Ese fue también el caso de Ángel Rama, que había publicado un libro de cuentos mío en Uruguay; en lugar de escribirme una carta al menos para felicitarme por haber salido de Cuba, porque él sabía la situación que yo tenía allí, por cuanto nos vimos en Cuba en el año 1969, publicó un enorme artículo en el diario *El Universal* de Caracas titulado “Reinaldo Arenas hacia el ostracismo”. Rama decía en aquel artículo que era un error que yo hubiese abandonado el país, porque todo se debía a un problema burocrático; que ahora estaría condenado al ostracismo. Todo aquello era extremadamente cínico; era ridículo, además, aplicado a alguien que desde 1967 no publicaba nada en Cuba y que había sufrido la represión y la prisión dentro de aquel país, donde sí estaba condenado al ostracismo. Comprendí que la guerra comenzaba de nuevo, pero ahora bajo una forma mucho más solapada; menos terrible que la que Fidel sostenía con los intelectuales en Cuba aunque no por ello menos siniestra.

Para colmo, solo me pagó nada más que mil dólares por las versiones francesas de mis novelas, después de innumerables llamadas telefónicas.

Nada de aquello me tomó por sorpresa; yo sabía ya que el sistema capitalista era también un sistema sórdido y mercantilizado. Ya en una de mis primeras declaraciones al salir de Cuba había dicho: La diferencia entre el sistema comunista y el capitalista es que, aunque los dos nos dan una patada en el culo, en el comunista te la dan y tienes que aplaudir, y en el capitalista te la dan y puedes gritar; yo vine aquí a gritar.

En lo que a mí me toca la réplica de Reinaldo no da en el blanco, ni en lo económico ni en lo político. En lo financiero expuse mi posición líneas arriba: en los años sesenta y setenta las pequeñas editoriales de izquierda no se hacían grandes ilusiones: trabajaban al día. En cualquier momento podría caer sobre ellas la cuchilla de la guillotina económica y cortarles la cabeza.

El mundo alucinante ayudó financieramente a que Diógenes existiera, cuando mucho, dos quincenas más sin quebrantos económicos. Mi piratería obtuvo mejores resultados con los libros políticos, económicos y sociales, todos de filiación marxista y guerrillera: fui el editor oficioso de los libros que exponían los problemas y logros de Cuba, Chile, Uruguay, Brasil y Nicaragua. Lo que otras casas no se atrevían a publicar lo editábamos nosotros. De esta manera ayudamos a que se consolidara una generación de muchachos, a escala del idioma, de una izquierda más amplia y menos fundamentalista.

La carta de la que habla Arenas nunca pasó por mi mente y menos arribó a mi mano. Sencillamente nunca la escribí. No soy censor de nadie, ni siquiera de mí mis-



mo. Nunca fui comunista, ni ideológicamente ni prácticamente: fui y soy partidario convencido del socialismo libertario. Si Arenas hizo bien en salir de Cuba o debió permanecer en ella es una cuestión bizantina que ni me va ni me viene.

Cuando me di cuenta de que los cubanos habían abandonado el socialismo y se habían parapetado detrás del autoritarismo, ese día cancelé mi pequeña ayuda moral y física a la Revolución. Ese día también, debo admitirlo, fue uno de los días más desolados de mi vida: amaba demasiado a los barbudos.

Reinaldo fue el chivo expiatorio de que se sirvió el gobierno cubano para advertir a los disidentes lo que podría sucederles. Reinaldo padeció ampliamente tanto en su vida como en su obra. En ambos terrenos sufrió todo lo que un ser humano puede sufrir: la negación obstinada a publicar su obra a partir de 1967, la segregación física de la sociedad (cada día más dura y efectiva), las triquiñuelas puestas en práctica que le impidieron conseguir trabajo y le valieron la cárcel en calidad de preso común.

En las letras cubanas de la segunda mitad del siglo xx, Reinaldo Arenas no es el mejor novelista (pero sí uno de los mejores), no es tampoco uno de los intelectuales más calificados (su incultura resultaba enciclopédica), fue tan solo una de las sensibilidades más agudas para captar, primero, a los cubanos primitivos y, después, a los cubanos ciudadanos y marginados por la historia y el poder.